



NUESTRO HOMBRE EN LA INDIA

Louis Mountbatten, bisnieto de la reina Victoria, fue el último virrey de la India, el hombre a quien se le encargó la difícil tarea de abordar una salida negociada de la antigua joya de la Corona británica.

EVA MILLET, PERIODISTA



FROGMORE HOUSE. En la página anterior, Mountbatten por Henri Cartier-Bresson, 1948.

Su Alteza Serenísima el príncipe Louis de Battenberg, futuro lord Mountbatten, nació el 25 de junio de 1900 en Frogmore House, mansión en los terrenos del parque del castillo de Windsor, la residencia de su bisabuela, Victoria de Inglaterra. Su padre era el príncipe Louis de Battenberg, y su madre, la princesa Victoria de Hesse, nieta favorita de la Reina. Esta recibió con entusiasmo el nacimiento del que sería el último de sus bisnietos en vida. Al enterarse, ordenó un carruaje, que recorrió la escasa milla que separaba su castillo de Frogmore House. “Es un niño hermoso y grande”, escribió la Reina, que expresó a los padres su deseo de que fuese bautizado con su nombre y el de su difunto marido, el príncipe Alberto. Nadie podía contrariar a la mujer más poderosa del mundo, así que el niño fue llamado Louis Francis Albert Victor Nicholas. Sin embargo, como señala uno de los biógrafos de Mountbatten, el historiador Philip Ziegler: “Con la perversidad que caracteriza a las clases altas británicas, nunca fue conocido con ninguno de esos nombres”. El apodo era de rigor en aquel círculo exclusivo, y Louis no iba a ser la excepción: durante toda su vida, sus allegados le llamaron “Dickie”.

Entre varios mundos

Dickie era el pequeño de cuatro hermanos. Un niño, describe otro de sus biógrafos, Richard Hough, “terriblemente mimado”, pero encantador. La suya fue una infancia algo solitaria, atendido por solícitas niñas y rodeado de mascotas en un hogar muy bien dirigido por su madre, la culta e inteligente Victoria. En familia se hablaban de forma indistinta el alemán y el inglés (“fui completamente bilingüe hasta los trece años”, referiría). Los viajes eran frecuentes: su padre, pese a haber nacido en Alemania, había desarrollado una distinguida carrera en la Marina Real británica, por lo que los traslados eran habituales. También lo eran los viajes familiares: los Battenberg acudían a Alemania con frecuencia para veranear en el castillo familiar de Heiligenberg. También visitarían Rusia, puesto que la tía materna de Dickie, la princesa Alex de Hesse, era la zarina Alejandra. Él se alojó de niño en el Kremlin de Moscú, experiencia que recordaría toda su vida. También aseguró que su primer amor fue su prima María, una de las cuatro hijas de los Zares, que en 1918 sería asesinada junto a su familia tras la Revolución Rusa. Aquel no fue el primer revés en la vida del joven Battenberg. Con el estallido de la

Primera Guerra Mundial, en 1914, en Reino Unido se había producido una demonización de todo lo alemán, y su padre, ascendido dos años antes a primer lord del Almirantazgo, se vio forzado a dimitir de su puesto debido a su origen. Este incidente marcó a su hijo, quien se prometió reparar lo que siempre consideró una injusticia. Dickie, entonces cadete en la Academia Naval de Dartmouth, se juró ocupar ese cargo algún día. Pero por si la vergüenza por el destino de su padre no fuera suficiente, la familia se vio forzada a cambiar de apellido. En 1917, Battenberg se anglicanizó como Mountbatten. Los Battenberg siguieron de este modo los pasos de la mismísima familia real, que no tuvo otro remedio que sustituir sus apellidos de origen germano (Saxe-Coburg and Gotha) por el sonoramente británico Windsor.

Por aquel entonces, Dickie ya se había unido a la Marina, y entró brevemente en combate durante la conflagración. Pese a la dura disciplina y el acoso, físico y psicológico, de algunos compañeros –que llegaron a acusarle de ser un espía alemán–, le apasionaba aquel mundo tan competitivo como él, donde se mantenían las tradiciones. Cuando acabó la guerra, por orden del Almirantazgo, ingresó en la Universidad de Cambridge para completar su educación. Mountbatten pasó allí un año, compartiendo clases con sus

SU PRIMER AMOR FUE SU PRIMA MARÍA, HIJA DE LOS ZARES, QUE EN 1918 SERÍA ASESINADA JUNTO CON SU FAMILIA

primos, los príncipes Alberto (el futuro Jorge VI) y Enrique. Los regios estudiantes y el alto y apuesto Mountbatten, con sus impecables modales, llevaron, en palabras de su hija, Pamela Hicks, “una agitada vida social”, compaginando sus estudios con amores y desamores.

El ayudante del Príncipe

Mountbatten nació en una familia muy bien relacionada, pero, además, él mismo supo cultivar las amistades más convenientes



BODA DE LOUIS MOUNTBATTEN y Edwina Ashley en Westminster, 18 de julio de 1922.

a lo largo de su vida. Con veinte años consiguió que su primo David, el futuro Eduardo VIII, lo invitara como ayudante a su gira por Australia y Nueva Zelanda. Dickie era seis años más joven que el entonces príncipe de Gales, pero eso no impidió que se forjara una cálida amistad entre el atormentado heredero y su extrovertido primo, ya muy seguro de sí mismo. A Mountbatten, criado en una familia extrañamente afectuosa para la época, le aturdió la legendaria frialdad del rey Jorge V hacia su prole: “Las cartas de su padre podrían pasar por las del director de un negocio a su asistente”, le confió a su madre. Fue invitado a un segundo viaje con el Príncipe en 1921, esta vez a la India británica. Se trató de su primer contacto con el subcontinente, la joya del Imperio. Gandhi ya había iniciado el movimiento de resistencia no violenta en pos de la inde-

pendencia y, desde su inicio, el viaje estuvo salpicado de protestas de un pueblo descontento con el gobierno colonial. Como Mountbatten observó: “La pompa y ceremonia no pueden ocultar la pobreza desesperante, la prevalencia de las enfermedades y la pesadilla recurrente de las hambrunas”. En cierto momento de la gira, mostrando ya un precoz sentido de la diplomacia, le sugirió al Príncipe un encuentro con Gandhi, entonces encarcelado. La idea fue rotundamente rechazada por su séquito. Pero no todo fue negativo en aquel viaje. En la India, Mountbatten se prometió con Edwina Ashley: una indómita heredera, nieta del banquero Ernest Cassel, uno de los hombres más ricos de Europa. Huérfana de madre desde los nueve años, Edwina tuvo una infancia infeliz, con una madrastra malvada. En cuanto pudo se

fue a vivir con su abuelo a Brook House, su gigantesca residencia en Londres. Ella y Mountbatten se conocieron en un baile organizado por la esposa del magnate Cornelius Vanderbilt, y se casaron en 1922. Sir Ernest había muerto pocos meses antes, dejando a su nieta favorita su mansión y el grueso de su fortuna. La disparidad entre las rentas de ambos era monumental, y provocó una inicial reticencia al matrimonio por parte de la madre de Mountbatten, pero pronto se admitió que la alianza podía funcionar. Él aportaba el abolengo de una familia cuyas raíces podían remontarse hasta Carlomagno (esa genealogía constituyó una de sus pasiones). Ella, una fortuna que, entre otras cosas, les permitió dar las fiestas más sonadas de Londres. Durante los primeros tiempos de casados, los Mountbatten vivieron como la pareja



EL PAPEL DE EDWINA

Diligente e inagotable, Edwina se labró una vida sentimental al margen de su marido, pero siempre le apoyó en su carrera.

■ GLAMOUR Y CEREBRO

Cuando Mountbatten la conoció, en 1920, Edwina era, en palabras de su hija Pamela, “una glamurosa heredera, que acababa de aprender a mantenerse de pie con las caderas ligeramente adelantadas, la pura imagen del chic de la alta sociedad de entonces”. Sin embargo, detrás de aquella figura sofisticada había una mujer brillante e incansable que personajes como Churchill consideraban tanto o más inteligente que su marido. La influencia de Edwina fue fundamental en la trayectoria de su esposo. En especial, en la etapa de la India, donde encan-

diló a líderes como Gandhi y Nehru, que admiraban su valentía y su labor humanitaria. Clement Attlee, sucesor de Churchill al frente del gobierno británico, incluyó a Edwina en la felicitaciones a Mountbatten tras el acuerdo de independencia.

■ AMISTAD INQUEBRANTABLE

Mucho se ha hablado de su relación con Nehru, que su hija Pamela asegura que fue intensa pero platónica. Lo cierto es que la amistad se mantuvo, y en el funeral de Edwina, que por expreso deseo suyo fue en el mar, Nehru envió dos destructores indios para acompañarla.

guapa, millonaria y bien relacionada que eran. Constantes viajes, celebraciones, cacerías, torneos de golf y polo... Entre tanto ajetreo, Edwina dio a luz a dos hijas: Patricia y Pamela. Esta última, de hecho, nació en 1929 en el Ritz de Barcelona. Pero, pese a que la carrera de Mountbatten en la Marina marchaba viento en popa y su vida social parecía envidiable, su matrimonio comenzó a hacer aguas. Como explica Pamela, sus ausencias, cada vez más frecuentes a causa de sus deberes oficiales, llevaron a su madre “a coleccionar hombres jóvenes, concentrando numerosas miradas de desaprobación”. Al principio, Mountbatten –“monógamo por naturaleza”, según Ziegler– se sintió “devastado” ante las infidelidades, pero la pareja halló una solución práctica a la situación. Sin divorcios de por medio, Dickie y Edwina escogieron cada uno un amante fijo, al gusto de todos. Edwina, al teniente coronel Harold Phillips. Louis, a la francesa Yola Letellier. Ambos eran adorados por las dos niñas, y en ocasiones coincidían todos bajo el mismo techo, formando “una familia, en cierto modo, poco convencional”, describió Pamela.

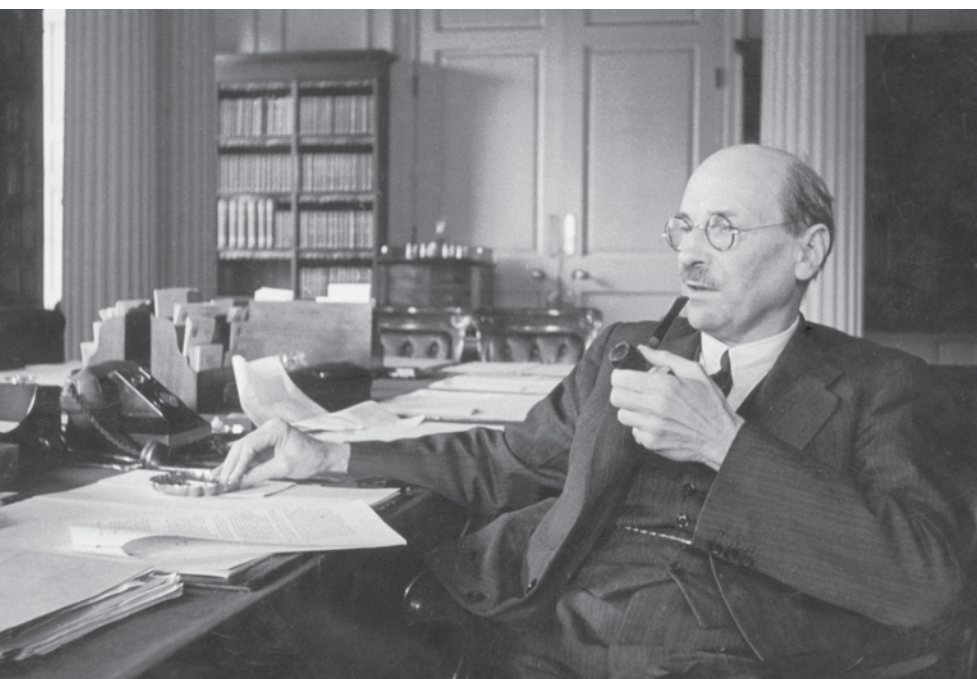
Héroe de guerra

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, la frivolidad abandonó de pronto la vida de los Mountbatten, que se dedicaron, como millones de compatriotas, a combatir a Hitler. En 1938, Mountbatten se había convertido en el capitán del HMS Kelly: un flamante destructor cuya primera misión sería navegar hasta Francia para recoger a los duques de Windsor. Pese al escándalo que había causado la abdicación de Eduardo VIII dos años antes, Louis seguía manteniendo una buena amistad con el antiguo rey.

Tras aquella misión, las cosas no fueron tan sencillas en el Mediterráneo. La entonces poderosa flotilla inglesa en este mar, comandada por Mountbatten, entró en batalla en numerosas ocasiones y, en 1941, durante la evacuación de la isla de Creta, el Kelly fue bombardeado por los aviones alemanes. Mountbatten permaneció en el puente de mando hasta que la nave volcó, pero consiguió nadar hasta la orilla y dirigir desde allí la operación de rescate. En el dramático episodio murió más de la mitad de la tripulación, pero la indiscutible dedicación de Mountbatten le convirtió



MOUNTBATTEN se dirige a la tripulación del portaaviones USS Saratoga. Ceilán, 1944.



en un héroe de guerra, y su fama de play-boy superficial empezó a remitir. Al año siguiente, Churchill le puso al frente de Operaciones Combinadas, sección vinculada a algunas de las acciones más efectivas y arriesgadas del conflicto, que iban a culminar en el desembarco de Normandía. El astuto primer ministro había reconocido sus cualidades: “Churchill admiraba el valor, la iniciativa y la imaginación en las personas, y Mountbatten poseía todo eso a raudales”, remarca Ziegler.

El propósito de Operaciones Combinadas era dejar claro a los nazis que Gran Bretaña no constituía un bastión de defensa, sino un trampolín de ataque. Desde allí, Mountbatten fue responsable de triunfos como la Operación Chariot, que destruyó el dique seco de la ciudad francesa de Saint-Nazaire, uno de los más utilizados por los ocupantes alemanes. Pero también tuvo que responder por reveses como la batalla de Dieppe, fallido asalto al homónimo puerto galo. Por otra parte, fue clave para expandir la alianza entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Mountbatten admiraba al gigante norteamericano, y sus habilidades diplomáticas sirvieron para crear el primer cuartel general aliado en Londres.

Misión en Asia

En el verano de 1943, con Italia vencida, África libre del enemigo y los planes para

la invasión de Francia casi completados, Mountbatten creyó que su etapa en Operaciones Combinadas llegaba a su fin. Anhelaba volver a la Marina, pero Churchill, su valedor, le deparaba otra tarea. Con la aprobación de Roosevelt, se convirtió en comandante supremo aliado en el sudeste asiático. Con aquel nombramiento, Mountbatten, como escribió a su hija Patricia, se ponía al mismo nivel que “los dos generales americanos que son comandantes supremos en el Mediterráneo y en el Pacífico [...], llamados Eisenhower y MacArthur”. Su área de acción incluía las entonces llamadas Birmania, Ceilán y Siam, la península de Malasia y Sumatra, en su gran mayoría en manos del enemigo. “Mi tarea es probablemente la más grande y más difícil que ha tenido un inglés durante esta guerra”, remató con su habitual falta de modestia.

COMO REPRESENTANTE DE LOS ALIADOS, ACEPTÓ LA RENDICIÓN JAPONESA EN EL SUDESTE ASIÁTICO

Su cuartel general estuvo primero en Delhi y posteriormente en Ceilán. Esta etapa fue tan agitada como exitosa: bajo el mando de Mountbatten, y junto al general británico William Slim, las tropas aliadas consiguieron frenar la ofensiva nipona hacia la India y reconquistar Birmania. En 1945,



MOUNTBATTEN, Edwina y Nehru, primer ministro indio, 1947. A la izquierda, Clement Attlee en 1946.

poco después del lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, Mountbatten lideró la última de las operaciones de la Segunda Guerra Mundial: la Operación Zipper, para la recuperación de Singapur, el 5 de septiembre. Fue allí don-

de aceptó, como el más alto representante de los aliados, la rendición de las fuerzas japonesas en el sudeste asiático.

Un asunto peliagudo

Pese a su agitado periplo durante la guerra y su ascenso en la Marina, apenas dos años

después, Mountbatten recibió la misión por la que es más recordado. El gobierno laborista de Clement Attlee le encargó dirigir la retirada británica de la India. Lo consideraban la persona adecuada por su reciente experiencia en Asia, sus conexiones con la familia real, sus conocimientos militares y sus dotes diplomáticas.

A Mountbatten, la idea no le gustó en absoluto: sentía un gran respeto por el entonces virrey, lord Wavell, y deseaba continuar con su carrera naval. Además, ¿cómo iba el bisnieto de la reina Victoria a responsabilizarse de la independencia de “la joya de la Corona”? Pero aquella era una oferta que no podía rechazar. Incluso el rey Jorge VI le instó a aceptarla: “Si triunfas, será algo muy bueno para la fa-

milia”, le dijo. En una época en la que, especialmente entre caballeros, el sentido del deber y el servicio al país eran fundamentales, no pudo sino ceder.

Así, en marzo de 1947, los Mountbatten, acompañados de su hija Pamela, partieron hacia Delhi. El nuevo virrey, que tenía poderes plenipotenciarios, disponía de catorce meses para llevar a cabo el delicado proceso de emancipación de un territorio que había sido la más célebre colonia británica durante casi dos siglos.

Tensión en la India

La etapa de los Mountbatten en la India fue frenética. El país vivía una situación muy tensa. La gobernanza inglesa, cada vez más debilitada, había encontrado su

talón de Aquiles en el movimiento de resistencia pacífica de Gandhi. Además, el partido Liga Musulmana había empezado a barajar la exigencia de un estado propio ya en los años treinta. Los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial y las dificultades financieras de Gran Bretaña tras la conflagración, que ya no podía mantener un ejército en la India, precipitaron los pasos hacia la independencia, apoyada por el gabinete de Attlee.

El nuevo virrey estableció pronto buenas relaciones con los líderes del país, en especial con el hindú Jawaharlal Nehru, cabeza del poderoso Partido del Congreso. Edwina también forjó una estrecha relación con el político, motivo de muchas especulaciones. El matrimonio entabló



LORD Y LADY MOUNTBATTEN con su hija Pamela. Londres, 16 de diciembre de 1954.

asimismo amistad con Gandhi, que tenía escaso peso político por entonces, pero que seguía siendo reverenciado. La conexión no fue tan fluida con el líder de la Liga Musulmana, Mohammad Ali Jinnah. Pese a desplegar sus conocidos encantos y su saber hacer, Mountbatten fue incapaz de persuadirle de los beneficios de una India independiente pero unida. “¡Dios, qué frío es Jinnah!”, exclamó el virrey tras uno de sus encuentros.

La actitud del dirigente de la Liga Musulmana y el estallido de nuevas y sangrientas revueltas interreligiosas convencieron a Mountbatten de que la unidad india era

un espejismo. También de que se debía proceder con rapidez: “El gobierno estaba perdiendo el control. Decidí que teníamos que irnos no en catorce, sino en cinco meses”, explicaría en su autobiografía. Todos los líderes, incluidos la mayoría de los marajás, rajás y kanes, aceptaron su propuesta. Solo Gandhi se mantuvo firme en su rechazo de la partición del país en función de las religiones hindú e islámica.

El acuerdo se ejecutó entre el 14 y el 15 de agosto, cuando la gran colonia británica se convirtió en dos nuevos estados: India y Pakistán. Quienes lo trataron destacan que Mountbatten fue un hombre

con una personalidad decidida, y, sin duda, la de acelerar la independencia y aceptar la partición fue la decisión más importante que tomó en su vida. Su plan fue muy criticado por su otrora protector Winston Churchill, quien lo calificó de huida hacia delante. Muchos historiadores consideran aquellas prisas un factor importante en el caos y el horror que acompañaron a la partición, que implicó más de doce millones de desplazados. “Nadie ha calculado el número exacto de personas que fueron asesinadas, quemadas, macheteadas, golpeadas y torturadas hasta morir. Quizá un millón, quizá dos millones,

murieron en los meses después de la partición”, señala Richard Hough. Mountbatten permaneció en el subcontinente como gobernador general interino hasta mediados de 1948. En tal cargo fue testigo de otro trágico acontecimiento: el asesinato de Gandhi. Hough relata cómo, al enterarse de la noticia, se desplazó rápidamente a casa del Mahatma en “completo estado de shock”. Sin embargo, tuvo reflejos para reaccionar cuando alguien entre la multitud gritó que el asesino había sido un musulmán. Mountbatten respondió de inmediato que había sido un hindú. “No tenía ni idea, naturalmente. ¿Cómo iba a saberlo?”, recordaría. “Pero si hubiese sido un musulmán, la guerra civil habría sido inevitable y la carnicería, terrible. Por suerte, tuve razón. Fue un fanático hindú”.

Retiro dinámico

Por sus servicios en Asia, Mountbatten recibió, entre otros, el título de vizconde de Birmania. Pero el honor más preciado le llegó en 1954, cuando fue ascendido,

EL MAYOR HONOR LE LLEGÓ CON SU ASCENSO A PRIMER LORD DEL ALMIRANTAZGO, COMO SU PADRE AÑOS ANTES

como su padre, a primer lord del Almirantazgo. Dos años después fue nombrado almirante de la Flota, el grado más alto en la Royal Navy. En 1965, con el uniforme atiborrado de condecoraciones, se retiró. Su jubilación, sin embargo, distó de ser tranquila: desempeñó con su energía habitual todo tipo de actividades. También disfrutó mucho de su familia. Junto a sus hijas y nietos pasaba los veranos en el castillo de Classiebawn, en la frontera con Irlanda del Norte. Allí, la mañana del 27 de agosto de 1979, salió a pescar en su pequeño barco con algunos familiares. Poco después de zarpar, el IRA hizo detonar una bomba colocada en la embarcación. Mountbatten murió poco antes de llegar a la orilla. También fallecieron su nieto Nicholas, un joven local y su consuegra, lady Brabourne.

UNA JUBILACIÓN HIPERACTIVA

La actividad imparable siguió definiendo a Mountbatten



■ ASESOR DE LOS WINDSOR

Explica Philip Ziegler que Mountbatten, un hombre coqueto, odiaba envejecer. Además, para una persona de naturaleza hiperactiva como él, la jubilación era difícil de aceptar. Sin embargo, pronto organizó su nueva vida, que fue también frenética (llegó a presidir unas doscientas asociaciones). Además, continuó su relación con la familia real, más cercana tras la boda, en 1947, de su sobrino Felipe con la futura Isabel II. Mountbatten fue un importante asesor de los Windsor, así como mentor del príncipe Carlos (ambos arriba).

■ POR EL DESARME NUCLEAR

Siguió colaborando con la Marina y se convirtió, en los últimos años, en activista

del desarme nuclear. Presidió Colegios del Mundo Unido, organización que fomenta una educación multicultural. Otra de sus ocupaciones fue una exitosa serie de televisión autobiográfica. Con los años, la vanidad de Mountbatten y su tendencia a alardear de sus contactos aumentaron, pero conservó el gran sentido del humor y la cercanía que lo caracterizaban.

■ DIPLOMACIA HASTA EL FINAL

También desempeñó labores diplomáticas especiales, como su intervención para convencer a don Juan de Borbón de que abdicara a favor de su hijo Juan Carlos. Continuó disfrutando al volante de sus vistosos coches, e incluso un viajero lo vio una vez conducir un tren de pasajeros.

El asesinato causó conmoción. El funeral tuvo lugar en la abadía de Westminster, y asistieron, además de los Windsor al completo, miembros de todas las casas reales europeas y una nutrida representación militar. Miles de personas se agolparon para despedir a Mountbatten en la capital británica. Amante de los detalles, él mismo había planeado su funeral, con la esperanza de que los asistentes disfrutaran del fausto y boato que tanto le gustaban... Sin embargo, como observó un comentarista de la BBC, la tragedia que rodeó su muerte convirtió su despedida en una ocasión más triste de lo que él había previsto. ■

PARA SABER MÁS

MEMORIAS

HICKS, Pamela. *Daughter of Empire, life as a Mountbatten.* Londres: Orion Publishing Group, 2012. En inglés.

BIOGRAFÍA

HOUGH, Richard. *Mountbatten. Hero of our Time.* Londres: Book Club Associates, 1980. En inglés.

ZIEGLER, Philip. *Mountbatten, the official biography.* Londres: Collins, 1985. En inglés.

ENSAYO

LAPIERRE, Dominique y COLLINS, Larry. *Esta noche, la libertad.* Barcelona: Planeta, 2010.